

Edwin Guzmán Ortiz

Edwin Guzmán Ortiz (1953).

Poeta orureño nacido al pie del Luricancho. Pasó su tierna infancia cazando lagartos y mentando espíritus en las cuevas del cerro San Felipe; ahí fue que aprendió gramática con las piedras y los queliceros de las tarántulas. El primer libro que leyó fue la noche. De esa época guarda celosamente los relatos de Lewis Carroll, una lámpara de carburo y una flecha.

Su adolescencia la pasó embriagado de música, amando imposibles, dejándose crecer el pelo y golpeando tambores junto a otros marginales. De esa época guarda celosamente ecos, pasos y el olor de una mujer.

Posteriormente decidió estudiar medicina. Entre cadáveres y tabernas caminó un largo trecho. Se bebió la vacuidad hasta las heces. Escribió algunos versos propedéuticos y acabó enfermándose incurablemente de poesía. De esa época guarda celosamente sus úlceras, unos poemas ajados y la piedra de la locura.

Vagar los cines, habilitar el farniente altiplánico y blasfemar contra el poder lo condujo a estudiar comunicación y a publicar su primer libro de poemas "DE/LIRIOS". Fue perseguido, muerto y sepultado, al tercer día resucitó, se vistió de moreno y con la banda Poopó se fue de joda. Asumiendo su cabeza de viento consumó la trilogía de plantar un libro, escribir un hijo y tener un árbol. Nada, salvo la injusticia, lo perturba. En la actualidad vive en Oruro, contemplando como un impenitente "ch'useqa" el espectáculo de la vida y descifrando golosamente los arcanos del altiplano. Ya nada guarda celosamente, salvo ese íntimo temor de todos los días.



El carnaval recóndito

Atravesar el juego de las apariencias, colarse a través de la porosidad deslumbrante de la fiesta, viajar los meandros de su hedónica fauce, además de una aventura inédita, es sacar a la superficie lo que pesa y late también en el carnaval. Sin aludir específicamente a la nocturnidad, me propongo despertar ciertos hechos y visiones que se agitan en la penumbra. En verdad, el Carnaval de Oruro, además de lo que oficialmente se difunde, posee una topología que no acaba de ser desentrañada. Si partimos de la premisa que la fiesta -como arte de antropología de la plenitud social- es el aporte más grande de nuestra cultura, ahí podrá verse, en la trama incesante de su estela, la laboriosa arquitectura del imaginario social a partir de su historia y su cosmogonía.

El mito, en cuanto memoria y destino, permanece cual rescoldo palpitante en la base del carnaval. En la epidermis no ostenta una fisonomía nítida y parece incluso ocultarse intermitentemente, disolverse en el río convulso de la desmesura. Lo esencial es invisible a los ojos, diría Saint Exupéry. Así, la memoria colectiva, hecha de zonas de claridad y penumbra, restituye la certidumbre ancestral de dioses y tiempos labrados con la voz de la danza y su pletórico mensaje. Huari, la Nuta, el Kuntur y el ondulante corazón de las huacas materializan su perennidad entre los fastos de la fiesta. La danza de los Inkas lo confirma, el cóndor de las diabladas, la khoa envenesciendo entre las fauces de la víbora y, en la profundidad de los socavones, la c'halla de los mineros al tío. El universo de la coca y el alcohol no ha terminado de erigir una economía de la espiritualidad que se expresa en la fe popular. Resistiéndose a la condición de mera subalternidad religiosa, la cosmogonía andina desde su replegamiento sagrado asoma su cuerpo de tierra y piedra para hacerse presente en la danza y la iconografía del atuendo, para abrir sus ojos inmemoriales desde la humareda sacra del ritual. El tiempo sin dejar de pasar no ha pasado; el reencuentro cíclico con la otredad del carnaval confirma la ubicuidad de su origen, y aunque la voracidad de lo frívolo no cesa en sus ruidosas apetencias, la memoria ancestral permanece invicta.

Si el carnaval no es exclusivamente lo andino, sino enfáticamente además lo mestizo, eso que aludimos con el epíteto de "popular" cobra de pronto gran importancia. Además de la memoria larga del carnaval, cuyas circunstancias se remontan a la colonia e incluso al período precolombino, la memoria corta forjada a principios de siglo nos proporciona un filón riquísimo de referencias que tienen mucho que ver con la identidad original de la fiesta. El Carnaval de Oruro tiene un origen social humilde, pero por ello mismo grandioso. En efecto, son los mineros y los gremios quienes se encargan de recrear a través de la danza su tránsito por la historia y la cultura. Los gremios de matarifes, veleros, cocanis y otros núcleos populares, a partir de su devoción a la Virgen del Socavón, cumplen la peregrinación en una entrada al santuario desde las minas (San José, Itos) y pueblos aledaños como Machacamarcá; este acto festivo-devocional es lo que se conoce como la "Entrada al Socavón". Una fiesta popular colmada de fe que termina siendo vilipendiada por los k'aras de principios de siglo; la entrada no podrá pasar por la plaza principal, rebaza una ordenanza municipal allí por los años 20. En los periódicos nada se decía de los devotos ni de su danza; alguna vez bríosos articulistas condenaban el desorden, las exageradas libaciones y el paganismo de los "indios". Una pobreza llena de dignidad y grandeza, por su parte, paseaba desde rudimentarios disfraces el carnaval de Oruro en el primer tercio de siglo. Sin bandas, al son de aerófonos andinos hacían su peregrinación hacia la Virgen

del Socavón, mientras en otros escenarios, los "havillés" y las noches venecianas del carnaval de la oligarquía se desbordaba en medio de champagne, coupletistas, vestidos de madam Adrienne y aedas perfumados en los salones del Edén y el Palais Concert. Obreros, mutualistas, artesanos, cholos libertarios y unas cuantas mujeres jamás pudieron imaginar que su fervor al cabo de unos años sería conocido en todo el mundo. Hoy, cuando participamos del carnaval, del baile, y vemos el lujo y la fastuosidad de muchos conjuntos, a veces olvidamos que en la memoria de las calles aún permanece la sombra imbatible de pequeños grupos de hombres de tez morena con olor todavía fresco de la mina y el taller artesanal, con el rostro sudoroso y la mirada resplandeciente dirigiéndose en incansable baile hacia la Mamita del Socavón. De aquellos hombres hoy quedan algunos de sus hijos que a veces ni las cámaras de televisión quieren mostrarlos, porque claro... el prestigio del carnaval... y la coronación de las reinas en el club... y la cuota de cien dólares... y la venta de asientos... y un largo etcétera.

El Carnaval de Oruro no se acaba tampoco en lo meramente devocional. La fiesta conlleva una pulsión profana y por lo mismo transgresiva. O, si se prefiere, es posible hablar de una mística de la interdicción. El tiempo del carnaval es un agujero negro, un salto mortal a lo desconocido, la cotidianidad termina extraviándose en sus procelosas aguas. El cuerpo desbordado sufre y siente placer en sus afanes; baila hasta quedar exhausto, come hasta más no poder, bebe y el exceso abre las puertas del frenesí. El día se apenumbra, la noche apenas se duerme. Despojadas las investiduras y la división jerárquica de la vida cotidiana, las gentes son otra cosa de los que juegan a ser allende el carnaval. La risa, el juego, la suplantación de roles, el "tinku", la confesión y el llanto son también formas de la fraternidad. La pelea, el grito y el escándalo se confunden en medio de la promiscuidad de las pasiones. Nódulo antropológico, el carnaval. Un abigarrado de colores rompe la cromática terrosa del altiplano. En todas partes la gente se queda y va hacia todas partes. La intimidad y lo colectivo intercambian sus ámbitos, prima el derroche del dinero y del ser. Los músicos tocan hasta quedar medio muertos; un vórtice de melodías desde los cuatro puntos cardinales inunda el espacio. Los viejos amigos se reencuentran, miradas que se encuentran por primera vez y de pronto la ciudad se torna en universo pleno, contradictorio y autosuficiente. Por su parte el erotismo despliega sus arrebolados fervores desde danza, los cuerpos se liberan de las represiones y se muestran como frutos jugosos en medio de gases y terciopelo. El amor y las pasiones se multiplican; hay campo para la plegaria y también para la entrega amorosa; hay tiempo para el extravío y para el reencuentro. El alba es un poema donde se consuma la fusión de los contrarios, desde el magma de su acendrada desmesura vemos en el espejo redondo de las tubas cómo la incendiada aurora se acerca en medio de una melodía imposible. Rostros vehementes emergidos de la noche, bahos de un alcohol metafísico, sombras tutelares, caretas, danzantes poseídos con los signos de esa turbulenta metáfora erguida desde el caos primordial, erguida desde el deseo.

El carnaval es la máscara de una máscara. Un viaje de identidades en medio de una historia dramática. No es menos cierto que también es la mano prodigiosa del artesano, la soledad del músico esculpiendo con la trompeta la melodía perfecta, el corazón del orureño que sueña verse en medio de otros tarkas; no es menos cierto.